

ECUADOR

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

LA MUJER

Revista Mensual de Literatura y Variedades

AÑO I

QUITO, JULIO DE 1905

NUMERO 4

Aspiraciones

El trabajo que dignifica, que honra y regenera, es para el hombre obligación ineludible.

Las aves buscan su alimento, tejen sus nidos, crían á sus hijos; la fiera recorre el bosque, en busca de sustento; el pez, el insecto y, en fin, todos los seres animados de la creación, siendo esclavos de necesidades materiales é imperiosas, trabajan para satisfacerlas.

El Rey de lo creado, lleva como las criaturas inferiores, el aguijón del hambre dentro de sí mismo. En vano el espíritu que le distingue, élévale en fantásticos sueños de grandeza; por más que proteste, atado está á la tierra con ligamentos que sólo destruirá la muerte. A pesar suyo, sus hombros sustentarán por siempre, el fardo enorme de *la lucha por la vida*.

El instinto de conservación unido á sus necesidades, crearon el trabajo é hicieron que aguzara su ingenio, desarrollara su inteligencia y buscara los medios de pasar mejor su precaria existencia.

En el amor á la vida, tan profundamente arraigado en nosotros, se funda el desarrollo y progreso de la humanidad, que de otro modo habría perecido irremisiblemente, en la lucha consigo misma y con los elementos.

La propia conservación se impone de modo tan tiránico, que se cuentan casos horribles ejecutados á su impulso y que parecerían inverosímiles, si no los atestiguará la historia.

Las necesidades del hombre, crearon las leyes de familia en los tiempos patriarcales, antes, muchísimo antes, de que ningún código se apropiara de ellas.

Cuando la humanidad constituida en sociedades, fundó pueblos, dictó las leyes civiles, y más tarde estableció el Derecho Internacional, todo con el fin de asegurar la existencia y bienestar individual y colectivo.

Cada hombre viene á la tierra, trayendo cualidades y facultades propias y á veces excepcionales.

La gran ciencia de la vida, es saber para qué hemos nacido; á los padres y especialmente á la madre, corresponde el estudiarle, reprimirle ó animarle, dando dirección acertada á sus primeros empeños infantiles.

La humanidad es una gran colmena, en que todos trabajan para todos, aunque muchos de sus miembros no se den cuenta de ello.

La agricultura, las ciencias, las artes, las industrias, ofrecen ancho campo, al hombre trabajador.

El espíritu investigador del sabio, soluciona cada día un misterio y descubre otros nuevos; el químico, alquimista moderno, transforma los cuerpos en otros completamente diversos; el artista sostiene la alteza de miras, el amor á lo bello y á lo inmaterial, exteriorizando con formas divinas, las delicadas percepciones de su espíritu: el médico, talvez el mayor de los benefactores de la humanidad, estudia en las vísceras y en los órganos descoloridos y flácidos del cadáver, el secreto de la salud y de la vida y así avanza el hombre, en su obra de perfeccionamiento, trabajando siempre y recogiendo el fruto de sus afanes: cada día hace una nueva conquista, cada hora planta un nuevo proyecto y no se cansa jamás.

¿Qué parte toma la mujer, en esta transformación y adelanto? ¿Qué aporta á la labor común? No teniendo en cuenta las excepciones, que no pueden hacer regla, bien poco ha contribuído ella á la perfección relativa en que nos encontramos; no porque le haya faltado voluntad, ni aptitudes, sino porque relegada al último lugar por leyes bárbaras y retrógradas, jamás ha ocupado el lugar que le corresponde. Esas leyes injustas, atrofiaron las fibras de su energía, la vida sedentaria y la molición,

debilitaron sus miembros para el trabajo. No era esa la condición física, primitiva de la mujer.

El hombre, más fuerte y más audaz que ella, absorbió poco á poco sus derechos y se hizo autoritario, convirtiéndola en sierva; un lapso secular de tiempo, la acostumbra á esa pasibilidad animal y el atavismo concluyó la obra comenzada por la tiranía.

Es probable, que al cabo de siglos, la gallina no vuela en lo absoluto y, sin embargo, tiene magníficas alas para hacerlo; al presente mismo, ya no puede desafiar á ningún volátil de medianas aptitudes; la domesticidad perpetua, casi se las ha baldado y ni siquiera siente la necesidad de utilizarlas.

Lo mismo pasó con la mujer: las duras leyes que el hombre antiguo y poco civilizado dictó para ella, atrofiaron sus bellas cualidades, haciéndola casi inconsciente de su noble misión en la tierra, pero como al fin y al cabo, no era gallina, la civilización que lleva á ésta camino de la perfección, llegó á conmoverla y sacarla de su enfermiza apatía: se avergonzó de sus cadenas y las sacudió indignada. El acero forjado en tantos siglos, es demasiado duro de romper, pero la lima de su constancia hará que algún día caigan á sus pies.

La mujer si revoluciona, es impulsada por la ley de conservación, tan prepotente en ella como en el hombre; natural es, que trate de mejorar su suerte y de buscar los medios para ello.

El esclavo por degradado que esté, llega al fin á comprender que es siervo y entonces no repara en medios para sacudir su yugo.

Los malos tratamientos y desprecios harán reaccionar á las razas negra y amarilla, las injusticias han hecho reaccionar á la mujer; si ella no usa de armas materiales, en cambio ha puesto en campaña todo su ingenio para conseguir el fin que se propone.

La seguridad de que es igual al hombre y de que tiene el mismo derecho de vida que éste, va cundiendo de modo asombroso.

Muchos prejuicios han caído ya en ridículo: la mujer se regenera para su propia alteza y la de sus semejantes.

Si se le obliga á creer imprescindible la protección absoluta del hombre, será preciso llegar á la inmoral consecuencia de que cada uno de ellos, tendría que for-

mar un harén, pues, la estadística universal comprueba que existen más mujeres que hombres.

Como tan repugnante monstruosidad es irrealizable; como todas las mujeres no tienen quien las mantenga, ni todas quieren ser mantenidas por quien no sea su padre, su hermano ó su marido, es incuestionable que á pesar de todas las preocupaciones, ha de buscar su independencia y los medios para sostenerla.

La mujer tiene derecho á que se le dé trabajo, puesto que necesita vivir, y no se vive, ni se adquieren comodidades sin trabajar.

La miseria reinante en Europa, es uno de los motivos que con más fuerza han despertado el feminismo moderno.

Las falanges de *obreras* que llenan las fábricas, no han podido menos que comparar la diferencia de salario señalado para los dos sexos, por idéntico esfuerzo, por las mismas horas de trabajo.

El feminismo no es una doctrina caprichosa y sin objeto, es la voz de la mujer oprimida, que reclama aquello que le pertenece, y que si no hoy, mañana ó cualquier día lo conseguirá, siendo por lo tanto inútil ponerle trabas.

La mujer ecuatoriana siguiendo el movimiento universal, sale de su letargo, protesta de su miseria y pide conocimientos que la hagan apta para ganarse la vida con independencia; pide escuelas, pide talleres, pide que los que tienen obligación de atenderla se preocupen de ella algo más que hasta aquí lo han hecho.

La gente de poco mollo, opina que á la mujer le basta saber leer, escribir, cocinar y lavar bien; en efecto, á cierta clase de la sociedad, le basta esto; pero como por más democracia que decantemos siempre existirán diferencias sociales, es evidente que no puede ser igual la educación de la hija del pueblo destinada á casarse con un artesano, y la de la señorita, que tendrá por compañero un hombre de condición más elevada.

Siendo el matrimonio una sociedad común de bienes, fines y aspiraciones, es natural que los esposos se hallen en condiciones semejantes, para que no discrepen en ideas y para que el uno no sea rémora para el otro; también es justo que ambos cónyugues contribuyan al sostenimiento de la familia y para esto es necesario que la mujer sepa trabajar.

¿Hasta cuándo será ella el zángano de la humanidad?

No es que la mujer sea inepta, se la educa mal, eso es todo; no se le da oficio, ni profesión; desde pequeña le imbuimos la creencia de que debe ser mantenida por el hombre y se la enseña á avergonzarse del trabajo como de cosa degradante.

En las escuelas no sólo debe concretarse la enseñanza al cultivo del entendimiento, debe obligarse á las niñas á aprender un oficio y así estarían provenientes para las luchas de la vida.

Los varones tienen becas en el extranjero, escuelas de artes y oficios, puesto en todas las oficinas públicas, enseñanza superior en los colegios; la mujer no puede alabarse de todo esto y sin embargo, sobre ella pesan también leyes y contribuciones.

Se nos observará que al presente goza de ventajas que no ha tenido nunca; cierto es, pero estas ventajas podrían contarse en los dedos y no tienen el fin práctico que ambicionamos. Se la emplea en las oficinas de correos, pero todos sabemos que el personal de dichas oficinas no lo componen muchas; se ha abierto también un curso de farmacia, y hay la esperanza de que dentro de algunos años obtendrán títulos las que se han dedicado á ese estudio; pero sería de desear que se les facilite además, otras profesiones, pues si llega á haber farmacéuticas, como abogados, médicos y sacerdotes, serán estrechas las boticas para contenerlas.

El ejemplo de lo pernicioso que es el que se dediquen todas á una sola profesión, lo tenemos en las maestras de escuela; cada niña salida de los colegios, es una profesora sin discípulas. El título obtenido, si es rica, le sirve sólo para halagarle su vanidad, y si pobre, para contribuir á su desgracia, ya que una *señorita diplomada*, cualquiera que sea la clase social á que pertenezca, no se resuelve á ser cocinera, ni lavandera, que dicho sea de paso, son los oficios más socorridos que tenemos.

Si en Europa y Norte América las mujeres que gozan de más libertad y medios para vivir, se quejan de ser defraudadas en sus derechos, con cuánta mayor razón lo haremos nosotras, aun á riesgo de parecer ridículas é impertinentes.

La gota de agua erosiona la roca y abre ella, no sólo lecho para mezuquinos arroyos, sino estuarios para

grandes ríos, de aquí que no nos cansaremos de repetir que la mujer tiene derecho á la protección de los gobiernos, á la atención de los congresos, y que, así como sobre ella pesan obligaciones sociales y civiles, es justo que también goce de los beneficios comunes.

ZOILA UGARTE DE LANDÍVAR.



La Princesa Ganillona

CUENTO

A mi hijo Carlos H. Arévalo

Un rey de la India, Amurata,
Y Tiolade, su consorte,
Que durante muchos años
En vano guardaron prole;

Confiados en el poder
De Ululama, dios deforme,
Ofreciéronle mil votos,
Dispusieron rogaciones,

Y que andando sobre clavos
Hasta el pié de aquella mole,
Con cantos y disciplinas
Llegaran los sacerdotes.

Propicia oyó la deidad
A sus fieles servidores,
Cuando á los reyes una hija
Al cuido de un año dioles:

Y fué inmenso el regocijo
Sin embargo de que entonces
Adjudicaba la ley
El trono sólo á varones.

El rey dijo: me conformo,
Quizá Ululama me otorgue
Un nieto al fin, heredero
De mi trono y de mi nombre.

Al principio nada extraño
En la pequeña notóse;
Más, se la vió precozmente
Caminar sin andadores.

Formáronse busto y talle
Con debidas proporciones;

Más se estiraron las piernas
Y eran de tamaño doble.

Muy pronto sus padres vieron
Con sobresaltos atroces,
Que le crecían de modo,
No visto nunca en el orbe.

Al gran Ululama plugo
Darles hija que les sobre;
Que suelen con sus dovotos
Ser muy prodigos los dioses.

Y llegó á la pubertad
Con unas zancas enormes
La princesa, á quien sus padres
Pusieron Ibis por nombre.

Firme el rey en su esperanza,
Resolvióse buscar yerno,
Y así procurar al trono
Un noble y digno heredero.

Para consultar el punto
Convocó su real Consejo;
Llamó á los mayores sabios
Naturalistas y médicos:

Magos, teólogos, augures
Con admirables secretos,
Pronto al palacio acudió
La ciencia toda del reino.

Hallándose congregados
Ante el Congreso selecto
Expuso el rey Amurata
Sus planes y sus recelos:

Desposar á la princesa
Era su mayor deseo,
Para perpetuar las glorias
De su preclaro atolengo.

Ella un príncipe daría
En quién resignar el cetro;
Más... (Aquí tocó el monarca
El punto más arduo y serio.)

Siendo la madre una garza
El temía que su nieto
Mostrara muy prolongados
Los posteriores extremos..

Para evitar ese mal
Pidió á los sabios remedio
Con ofensas y amenazas,
Mostrando terrible empeño.

Tres días de plazo dió,
Y en el palacio aposentos,
Porque allí deliberaran
Con toda calma y silencio

Dedicáronse fervientes
A destripar libros viejos
Y de la naturaleza
A descubrir los misterios

Los más duchos se juntaron
Para ponerse de acuerdo,
Y al fin dijeron:—¡Eureka!—
Aunque ignoraban el griego.

Ya del Consejo en la sala
Están de nuevo los padres
De la ciencia, y aparece
El rey silencioso y grave.

Más su corazón de pronto
Muy fuerte en su pecho late,
Al ver algunos tranquilos
O con risueño semblante.

Supuso que al fin hallaron
Algún arbitrio admirable
Que le vuelva la esperanza,
Que termine sus afanes.

Después de rendirles todos
Los debidos homenajes,
Con la mirada interroga
Y á un viejo le ordena que hable.

El anciano se levanta
Y en bellas, gárrulas frases
Elogia al rey, y le pide
Su venia para explicarse.

Pronuncia largo discurso
En magnífico lenguaje
Para probar que del orbe
El equilibrio es la base.

Mucho de física habló,
Sentando principios tales,
Que á otros que no fueran sabios
Parecerían dislates;

Y concluyó prometiendo
Sin temor y sin ambages
Presentar un nieto al rey
De una perfección notable.

Un mal con otro se cura,
Vuestra majestad lo sabe;
Y puede bien un defecto
Con otro contrarrestarse,

Ordenad, rey poderoso,
Que se busquen y se hallen
Las piernas más diminutas
En cuerpo de un hombre grande.

Casadlo con la princesa
Y les nacerá un gigante
De tan bellas proporciones
Que aún á las vuestras igualen.

Al rey tan extraña idea
Principió por repugnarle;
Más por salir del aprieto
Lossabios al viejo aplauden.

Esto es espléndido! exclaman
Y de prodigioso alcanee;
No hay nada que más se ajuste
A las leyes naturales!

Y esforzadas sus razones
Como elocuencia notable,
Pareció al rey el proyecto
Ya no tan extravagante.

Convino luego en formar
Aquel inaudito enlace,
Y para buscar el novio
Dirijense á todas partes.

Cien heraldos, que del rey
Llevan orden terminante
De recojer cuanto enano
En vasto contorno se halle.

Después de afanes prolijos
Tuvo el rey en su palacio,
La más rara colección
De aquellos seres extraños.

De únos, era el pecho angosto,
Otros, eran jorobados,
Otros con caras enmormes
Causaban pena ó espanto.

Con trabajo pudo el rey
Escojer el más gualardo:
Tenía corta cabeza
Sobre ancho tórax cuadrado,

No muy grande era su vientre
Y largos eran sus brazos.
Sus piernas . . . qué perneitas!
No medían ni dos palmos.

Iba con manos y pies
Por no caer caminando.
Con piernas en proporción
Hubiera sido muy alto,

Todo: la mitad de un hombre
Con dos apéndices raros.
Resultó, pues, muy BONITO
El yerno del soberano!

Efectuáronse las bodas
Sin estruendo, sin boato,
Pero las reglas Mercedes
Obtuvieron los vasallos.

De la *zancuda* princesa
Siendo padre el bello enano,
Nació un príncipe robusto
Antes de cumplido un año.

Los que vieron al infante
Cuando al rey fué presentado,
Se quedaron mudos, fríos,
Absortos, llenos de pasmo.

No sabían qué cosa era . . .
Algo así como un crustáceo;
Hasta que la comadrona
Ocupóse en desdoblarlo.

Tenía el brazo derecho
De prodigioso tamaño,
La pierna izquierda también
Era palitroque largo;

La derecha, un piececito
En corto muslo pegado;
Del hombro izquierdo salía
Un pequeñísimo brazo.

Por lo demás, el semblante
Era gracioso, algo blanco,
Aunque los padres no fueran
Del color del alabastro.

Bramando, furioso el rey,
Maldijo á todos los sabios;
En vez de un hermoso niño
Tuvo por nieto un endriago.

Si al viejo de la ocurrencia
Hubiera tenido á mano! . . .
Mas, el pobre falleció
Sin presenciarse el milagro.

Y bien visto, fué su ciencia
Culpable de aquel fracaso?
De la ley del equilibrio
Era el niño ejemplo claro.

Interrogados de nuevo
Muchos sabios, opinaron

Que no había visto el rey
Progenitor adecuado.

Pues viendo los muy cazurros
Aquel éxito contrario,
Al rey cehando la culpa,
Quisieron salir del paso.

Mas no les valió la treta;
El rey mandó castigarlos,
Sufriendo (muy poco ñra)
Cada uno cincuenta palos.

Orcos, nieto de Amurata,
Quince años cumplidos tiene;
Con un pié y con una mano
Camina perfectamente.

Ya muy viejo y algo chocho,
Está el abuelo en sus trece:
Corregir su descendencia
Con igual ardor pretende.

Casar á Orcos desea;
Mas á ello no se atreve,
Porque algún nuevo desastre
El rey desgraciado teme.

Hoy con afán un bonito
Millón de dollars ofrece
A cualquier mortal curioso
Que la mujer le presente,

De figura y condiciones
Capaces de dar un nene
Hijo del nieto, enmendando
Los desperfectos de aqueste.

Que alargue lo que sea corto,
Acortando lo que excede,
Con proporción y monstura
Dignas de tan nobles seres.

Si algún lector animoso
Que esta triste historia viere
Para buscar tal doncella
Sobrada paciencia tiene,

Tome á su cargo la empresa
Que no es un pelo de fiebre,
Por la gloria y el provecho
Que á quien la termine ofrece.

Podrá salir de penurias.
O talvez enriquecerse;
Que aun los gastos de viaje
Costear el monarca debe.

Más escogiendo la novia
Para el príncipe, el rey quiere
Que á la ley del equilibrio
El elector se sujete.

Doble sacrificio

(Conclusión).

V

Transecurrieron tres días, y lució hermoso el señalado por Marta para su llegada.

A las diez de la mañana se hallaba en la alcoba de doña Laura, con ésta y Alberto.

Susana se había negado á acompañarla.

La pobre mujer confusa y trémula no acertaba á pronunciar una palabra.

—Y bien, Marta, qué tienes que decirme?

Marta, con mano temblorosa, sacó del seno un papel arrugado y amarillento y lo presentó á Alberto, que lo tomó con ansiedad, y desdoblándolo leyó en voz alta lo que sigue:

«Marta:

A nadie más que á tí puedo confiar en mis últimos momentos un secreto que me quemara el alma.

Sabes tú que á los tres meses de casada, Julián emprendió un largo viaje. Yo quedé en cinta pero le oculté mi estado. Al nacimiento de mi hija, ignoraba su paradero y no pude darle aviso. A poco, amores clandestinos ahogaron en mi corazón todo otro afecto y sabiendo que mi marido regresaba á su hogar, y sintiendo palpitar en mi seno el fruto del adulterio, alejé á mi inocente hija, te la envié, asegurándote era una pobre huérfana á la que te ordenaba proteger. Mi segunda hija, la hija del crimen, fué acogida por Julián con delirio; la creyó suya y la amó como tal».

—Será posible! . . . Entonces, Susana. . . .

—Signe, dijo doña Laura, conmovida.

«Próxima á morir confío á tu discreción el drama de mi vida. Acerca á Susana á su padre y hermana, que se amen, pero no reveles mi secreto sino en el caso que Susana sea infeliz. Que la dicha de ésta no libre la desgracia de Carmen, inocente de mi culpa.

«El remordimiento consume mi vida, Julián es demasiado noble y sus bondades para conmigo hacen más horrible mi falta. Voy á morir, que mis hijas no maldigan nunca mi memoria. Susana no lo hará, su índole dulce y buena, la inclinará á perdonar los errores de su madre. Y Carmen? El carácter de esta criatura me inquieta, que la desgracia no desarrolle los malos gérmenes que descubro en ella.

Adiós.—CARMEN».

—Ahora sólo falta pedir á ustedes perdón por mi silencio.

—Eres una honrada mujer, Marta, has obrado como debías.

—Pero hemos estado ciegos, exclamó Alberto. En el rostro de Susana están marcadas las nobles líneas de nuestra raza.

- Es verdad, dijo doña Laura tristemente.
 —Sientes lo ocurrido, te desagrada el cambio?
 —He amado á Carmen como á nuestra y á Susana como á extraña. Qué haremos ahora?
 —Revelar á las dos el secreto de su nacimiento.
 —Sí, Susana entrará en posesión de la fortuna de mi hermano que hasta hoy ha tenido Carmen como suya, y ésta, acostumbrada á las comodidades que proporciona el dinero, no podrá vivir en la pobreza.
 —Carmen no conocerá la miseria. Susana gozará de la fortuna de nuestro hermano pero yo dotaré á Carmen.
 —Harás eso?
 —Lo haré como lo digo.
 —Es tan altiva, dijo doña Laura, que talvez no aceptará tu dádiva.
 —Ahora lo que importa es que yo marche con Marta y hable con Susana. Temo se resista á destituir á su hermana del nombre usurpado que lleva.

Doña Laura guardó silencio.

Alberto pasó á su habitación é hizo sus preparativos de marcha. A las doce, ya iban con Marta camino de Pomasqui, distante de Quito cinco leguas, lugar en donde se desarrolla esta historia.

Doña Laura quedó inmóvil y abatida. Pensaba en Carmen, en Carmen inocente y sobre la que recaía la falta de su madre. Siempre tuvo á ésta por culpable, pero ignoraba la extensión de su culpa.

La pobre mujer cayó de rodillas y oró por inocentes y culpados. Era cristiana y el perdón es la primera virtud de una alma buena.

VI

Bien pronto se hallaron Alberto y Marta con Susana. Alberto al verla, no pudo contenerse la estrechó en sus brazos y la besó en la frente. Ella se ruborizó.

—Susana, dijo él con voz trémula, prepara tu ánimo, vengo á hacerte una dolorosa á la par que grata confidencia. No rechaces mis caricias, ellas no empañan tu pureza: vé en mí, no al extraño á quien has tenido hasta hoy como superior á tí, sino al hermano de tu padre.

—Mi padre don Julián? ¿Qué dice usted?

Eso no es cierto, no, no puedo, no quiero creerlo! Abandonada desde que nací, criada en la miseria, humillada por quien tenía deber de amarme! Es espantoso! Qué triste ha sido mi destino! Dígame usted que me engaña.

—No, Susana, te revelo lo que no puede ni debe quedar oculto.

—Entonces, Carmen . . . ?

—Es tu hermana.

—No puede ser, madre, hable usted y diga si esto es cierto.

—Eres hija de don Julián Pino y de doña Carmen, su esposa.

—Pero, Carmen, Carmen . . . ?

—Es hija de tu padre.

Susana se cubrió el semblante, había enrojecido de vergüenza.

—Quiere decir que mi madre fué culpable? Pobre, madre mía! Bendigo tu memoria y te amo más porque fuiste desgraciada.

—Susana, enjuga tus lágrimas, dijo Alberto, y prepárate á seguirme, ven á ocupar en mi casa el sitio que te corresponde.

—Veinte años he tenido á Marta como mi madre y no dejaré su compañía. Por otra parte, qué va á ser de Carmen? Pobre niña! Dejémosla en la más completa ignorancia, no quiero ni el nombre ni la fortuna de mi padre.

—Rehusas, Susana?

—Renuncio á todos mis derechos, me he criado humildemente, mientras que ella no podrá trocar sus delicadas galas por el humilde traje de la obrera.

—Y crees que yo puedo aceptar tu sacrificio?

—No hay ninguno en mi manera de proceder.

—Pero según sé, Carmen te ha humillado.

—La he perdonado. Que sea feliz, yo no saldré jamás de la oscuridad en que vivo.

—Y si yo te dijera que te amo y pusiera á tus pies mi nombre y mi fortuna?

Susana se conmovió.

—Suplicaría á usted haga el presente de esos dones á la que es ya su prometida, respondió.

—A Carmen? Siempre ella! No puedo, no la amo, no la he amado nunca: mi amor primero, mi sueño más hermoso, eres tú, sólo tú, alma mía!

La joven palideció intensamente.

—Usted, dijo, que por propia voluntad adquirió el compromiso que hoy trata de romper. Entonces era yo una humilde criada y naturalmente eligió usted á la que era su igual. De cuándo data su cariño? Desde que sabe usted que mi condición no es inferior á la suya?

—No, Susana, te he amado desde que estabas al servicio de Carmen, pero no pude darme cuenta de este amor sino cuando te ví perdida.

—Creo á usted, pero aun creyéndole, no puedo corresponder su cariño. Carmen es mi hermana y natural es que sacrifique mi felicidad á la suya.

—Susana!, dices que mi amor te haría feliz, luego....

Susana rompió á llorar.

—Hija, dijo Marta, siempre ha sido tachada Carmen de ser demasiado orgullosa, serías tú más orgullosa que ella?

—No confundas el orgullo con el cumplimiento de un deber.

—Pero, Susana, mi compromiso con Carmen se ha deshecho, no me ama y no puedo hacerla mi esposa.

—Lo ha dicho ella?

—La noche del mismo día que saliste de mi hogar.

Susana guardó silencio. Alberto y Marta la imitaron. Podía haberse oído los latidos del corazón de los tres.

—Bien, dijo al fin, con voz trémula, sólo en un caso podría yo ser su esposa.

—En cuál? Dilo!

—En el caso de que mi fortuna sea siempre de Carmen y de que yo siga siendo para el mundo la humilde hija de Marta.

—Concedido lo primero, pero lo segundo....

—Padece su orgullo á la idea de ser esposo de una mujer sin nombre?

—No, cuán mal me juzgas! Preocupaciones de alcurnia no caben en mi corazón tratándose de tí, noble y santa criatura.

—Entonces?

—Lo hago por tí que debes ocupar en la sociedad y en el hogar el sitio que te corresponde.

—Mi resolución es irrevocable.

—Yo no puedo consentir en eso.

—Pues entonces nos separamos para siempre.

—Dí si me amas, esa palabra puede vencer mi obstinación.

—La diré después de ver á Carmen.

A las ocho de la noche salía Alberto para Quito acompañado de Susana y Marta.

VII

Al día siguiente, una escena ternísima tenía lugar en la alcoba de Carmen.

Impuesta por Alberto de los acontecimientos que hemos relatado, su altivez había decaído y sólo pensaba en devolver á Susana todo lo que ella sin derecho, le había usurpado. Juntas y estrechamente abrazadas se hallaban, cuando volvemos á encontrarlas. Hermosas ambas, pero con hermosura muy distinta, un artista habría tomado por modelo la casta figura de Susana para trasladarla al lienzo como uno de los ángeles que rodean á la Madre del Salvador, y la de Carmen para representar á Eva antes de haber pecado.

—Olvidémoslo todo, decía Susana y no pensemos sino en amarnos. Tu serás siempre la linda sobrina de los señores de Pino y yo la hija de la humilde Marta.

—Imposible! Seré yo la que desaparezca del mundo después de labrar tu dicha.

—No, Carmen, tú amas, eres amada y el porvenir se muestra para tí color de rosa.

—Te engañas, no amo ni puedo ser ya feliz.

—No eres la prometida de Alberto?

—Lo era, hoy no podría serlo aunque le amara.

—Por qué?

—Porque soy una pobre desheredada sin nombre ni fortuna. Aun quedan en mí restos del orgullo de otros días, he tomado mi partido, tú en el mundo, yo en la oscuridad de un claustro.

—No, yo necesito vivir á tu lado, verte á todas horas y contribuir con mi cariño á la tranquilidad de tu vida.

—Nuestra madre necesita de mis oraciones para alcanzar el perdón de su falta.

—Entonces buscaremos las dos el silencio y la soledad.

—No eres franca, Susana, tú me ocultas un secreto que labrará la felicidad de tu vida.

—Cuál?

Tu amas á Alberto. Yo ví brotar ese amor en tu alma antes que te dieras cuenta de lo que sentías.

- Es verdad, le amo.
 —Se lo has dicho?
 —No, y seguramente no se lo diré jamás.
 —Por qué?
 —Porque quiero seguir tu suerte cualquiera que ella sea.
 —Yo no puedo consentirlo, debo la vida á un crimen y por fuerza tengo que ser desgraciada.
 —Acusas á nuestra madre?
 —No, la amo y la bendigo.
 Alberto entró en la habitación.
 Carmen se levantó y poniendo en las de él las delicadas manos de Susana.
 —Es tu prometida, dijo, y quiero veros unidos antes de abandonar el mundo.
 —Qué dices, Carmen?
 —Nos deja, exclamó Susana entre sollozos. Dile tú que ella es tan necesaria á mi vida como tu amor.
 El la estrechó entre sus brazos radiante de felicidad.
 —Consientes en ser mía?
 —Sí, si Carmen no nos deja.
 —Oyes? tienes en tu mano la felicidad de los dos. Renuncia á ese proyecto que llena de sombras el alma de tu hermana.
 —Lo descas así?
 —Te lo rogamos, hija mía, dijo desde la puerta doña Laura.
 —Oh madre, madre mía! exclamó Carmen, abrazándola, renuncio á mi proyecto si así puedo recompensar tus desvelos.
 —Susana se acercó á Carmen y la cubrió de besos.
 Por la ventana abierta penetró un rayo de luna que reflejó en instante las cabezas de las huérfanas. Envueltas en esa luz diáfana no podemos decir cuál de las dos era más bella.

VIII

Un año después, Carmen llevaba á la pila bautismal á la primogenita de Alberto y Susana. La niña recibió el nombre de Consuelo y en verdad que ninguno podía sentar mejor á la que era el remedio de pasadas luchas, á la estrella que iluminaba el porvenir.

Carmen tuvo muy buenos partidos porque siguió siendo la opulenta señorita de Pino, pero no quiso casarse jamás.

Se consagró al cuidado de doña Laura para la cual fué una hija cariñosa.

- Por qué no te casas? le dijo un día Susana.
 —Porque temo no ser una buena esposa.
 —Tú! si eres un ángel.
 —Los ángeles también pecaron.
 Convéncete, Susana, la mujer que forma un hogar, debe llevar á él mucho amor, esa fuerza poderosa que nos impulsa á los más nobles hechos. Me atraen las fiestas, el bullicio del mundo me enajena, me extasia el sonido de una orquesta y me cansan los vagidos de una cuna.
 —Entonces, cómo quieres tanto á mi hija?
 —Por ser tuya.

Carmen hablaba con volubilidad encantadora, pero una sombra de tristeza, oscurecía aun más sus grandes ojos negros.

—No tienes corazón?

—Puede amar hasta el sacrificio, pero no fuí comprendida. Esos sueños se forjan una sola vez en la vida; desvanecidos, rotos para siempre, no puedo formar otros con los jirones de los que tanto me halagaron un día.

—Carmen! Me parece que leo en tu alma; eres mejor que yo, Te cedí títulos de nobleza y esplendores de fortuna, y tú me has dado en cambio tu propio corazón.

Carmen se arrojó en los brazos de Susana que le decía:

—Eres una santa, tu vida puede compendiarse en estas dos palabras, Abnegación y Sacrificio.

MERCEDES G. DE MOSCOSO.



Balada

No has escuchado el trino de las aves,
en las frescas mañanas?
Unas cantan alegres, satisfechas,
otras muy tristes cantan.

Es porque tienen madre las primeras,
porque nada les falta;
porque si sienten frío hay quien las guarde,
al abrigo de alas.

Las otras, las que lloran en sus trinos,
no tienen sino lágrimas,
y un poco de hojas secas, por abrigo
triste nido sin ramas.

Esas no tienen madre, se han quedado,
solas sin esperanzas,
han perdido las plumas con que alegres,
el espacio cruzaban.

Esas caen prisioneras; ya se ha ido
esa madre que ufana,
les señalaba el rumbo que debían
emprender con sus alas.

para evitar que solas sucumbieran,
entre rejas doradas.

Esa madre querida, que temprano
el vuelo levantaba
en busca de alimento, para aquellos,
pedazos de su alma.

La que cruzaba bosques y praderas,
buscando nuevas ramas,
para formarles otro nido hermoso,
bañado por el alba.

Ya sabes por que elevan sus canciones
en forma de plegaria
esas aves que huérfanas quedaron,
temblando entre las ramas.....

Hasta las aves, hija de mi vida,
cuando madre les falta,
pierden la melodía de sus trinos
y lloran cuando cantan.

DELIA C. DE GONZÁLEZ.



Viaje en diligencia

Acababan de sonar las doce en el viejo reloj de la Matriz.

El ómnibus debía partir esa mañana y se encontraba llena de hombres y de mujeres la Agencia de transportes.

Dos cocheros vestidos de estameña y anchísimos sombreros echados hacia atrás, ponían los últimos enganches á las mulas en medio de palabras y voces conocidas por ellas solamente.

Un toque de corneta, otro, un tercero y las ocho personas destinadas á meterse en el carruaje, después de recoger sus sacos de noche úñas, componerse los velos las señoras y calzarse los guantes ótras; inmediatamente salieron á la calle con toda la presteza de jefes que escucharan llamada á su cuartel.

Un sol de fuego descendía en rayos perpendiculares sobre Ambato.

Algunas chicas que pasaban á la escuela cargadas de canastos y bolsas con sus libros, incitadas por aquella costumbre propia de los niños—pararse donde pueden—vinieron á aumentar el grupo

de curiosos ávidos por ver de cerciorarse de quienes viajaban á la Capital.

Multitud de encargos eran repetidos á todos y á cada uno de los pasajeros por miembros de familia que hacían lo posible por ocultar las lágrimas propias de una despedida.

Al fin los últimos abrazos confundidos con sollozos y sonoros besos, las últimas palabras, y el ómnibus partió como una flecha disparada al blanco, por lo largo de la pintoresca y risueña calle real de Ambato.

Apenas por el frente de los bosques poéticos de Atocha una nube de polvo principió á envolver el vehículo. Nuestros pasajeros no se habían hasta entonces dirigido la palabra; con la adustez de quienes no se han visto nunca tratados solamente de sentarse bien y cada cual ponerse á analizar en forma á los demás, mientras llegara el instante de armar conversación.

Un señor gordísimo, pequeño y colorado como un pimiento, feo como él solo; sin miramientos de ninguna clase, codeaba á su sabor á una joven diminuta, delgada y con un aire de tristeza extraordinario, que tenía á su lado, después del centésimo ó vigésimo codazo á su malaventurada vecina de la izquierda sacó de una de sus enormes faltriqueras un pañuelo colorado, tan grande como sábana, y se colocó por cima del sombrero volteado de antemano, según algunas reglas de neta economía y en las cuales era práctico el señor.

El último estrujón hizo estremar á la joven con un gesto horrible de disgusto.

—Señorita, me dispensa Ud.; murmuró el gordo tratando de inclinarse á medias, el viento y la maldita tierra de que es pródiga nuestra carretera abierta por el inmortal García Moreno, que de Dios goce, quizá me han impelido á molestar á Ud. Si Ud. gusta, repitió, presentando á la niña cortesmente y como para desenojarla, un grave par de anteojos negros de canasto y con los que, sin aguardar respuesta, encubrió dos ojos fríos y verdosos dejando que se vieran más distintamente los arcos de unas cejas espesas y paradas, capaces de prestar un sello de ferocidad al rostro más tranquilo y lleno de hermosura.

—Gracias, caballero; contestó con timidez la joven; que á su vez también había codeado á su vecino, un tipo flaco, flaquísimo como una exhalación del aura de las tardes, ínter despojaba sus hombros de una espesa boa de viaje por temor de un clima sofocante; las mujeres nos cuidamos menos por la misma presunción exajerada de cuidarnos más, ¿viaja Ud. á Quito?

—Sí, voy hasta Colombia; Peregrino Ibáñez, señorita, servidor de Ud. y de los demás señores; comercio al por mayor y me titulan rico. Tengo siete haciendas y diez casas situadas respectivamente en Cuenca y Guayaquil, es cierto, pero si por ahora los tiempos son tan pobres.... Yo les aseguro ingenuamente pue hasta mi levita la volteara sin recelo, aunque eso solamente dicen que es innato en los políticos; quien sabe, allá los ilustrados que echan á volar en papelones tantas cosas.

Todos se inclinaron con trazas de burlarse y «gracias» y «á sus órdenes», se oyeron incoherentemente. Parecían diputados en la noche primera de instaladas las sesiones.

Mientras esto sucedía otra niña esbelta de diez y ocho años, muy simpática y vestida con el gusto y esmero de una parisiense, decía á media voz á su madre doña Eulalia, una señora gordísima también, y enorme como una catedral, que á ejemplo del señor D. Peregrino que le tenía al frente, se había arrebujado en un grueso pañolón de lana y ajustádose el sombrero encima: «mamacita, mamá, te olvidaste las naranjas. ¡Qué sol tan espantoso! sobre ese pañolón te pones el abrigo, mi buena mamacita?»

—Déjame, muchacha! obtuvo por respuesta la graciosa joven; la tez en estos casos es quien paga y tú ni te preocupas ¿piensas continuar de buena moza hasta llegar á Quito? Sí, señores, boba muy boba es una cuando niña, se imagina que el color y los dientes, y el cabello son para guardarse eternamente iguales, y eso yo que tengo tan buena dentadura; no es porque mis labios lo pronuncien: he podido conservarla en dos hileras de lucientes perlas, como dicen los poetas, y la tez y el cabello ni se diga. Y usted, señor, continuó dirigiéndose al caballero flaco, arriba por primera vez á ver la capital? Muchísima impresión ha de causarle el frío de la sierra ¿no?, si no ando equivocada: es Ud. costeño?

—Sí, señora, contestó; costeño. El frío de la sierra propiamente no me ha fastidiado, pero sí los páramos de Alausí á esta parte son una Siberia; por poco no he dejado orejas y nariz por esos trigos en los que, además, he cogido un constipao de padre y señor nuestro.

En efecto, el pobre, envuelto en cien abrigos y llevando unas pieles sobre las rodillas, estaba constipado y ronco en extremo. La tisis, esa enfermedad noble en cierto modo, que eleva el corazón á las regiones de lo ideal é indefinido; que sublima y dignifica al hombre, por decirlo así, dejando que el espíritu en las alas de nostálgicas y dulces concepciones anhele y se espacia hasta perderse en Dios, había convertido á nuestro viajero en poco menos que en muestra de esqueleto.

Una hermosa viuda compañera de la señorita Sara, dueña de la boa, un matrimonio joven y elegante que apenas principiaba el plenilunio de miel tan decantado y un gallardo mozo con aires de Romeo que sólo contaría veinticinco años, completaban el dichoso número de amigos de viaje.

Anda y anda á saltos, y carreras y trotes desmedidos la bendita «Coita», que así llamaba el ómnibus para servir á ustedes, la jovialidad y el buen humor habían penetrado dentro.

Ernesto era soltero y del análisis á su vecina, la hija de la gorda doña Eulalia, pudo á costa de bien poco sacar en consecuencia qué era sumamente bella: su hermoso sombrerito de paja americana, su vestido sastre de color oscuro ciñendo tan perfectamente una figura de Minerva ó Diana cazadora, la hacían hechicera poniendo de relieve el brillo de sus ojos garzos y llenos del misterio, de esa vaguedad que encierran los ojos á través de los cuales se descubre una alma soñadora y tierna. Pudo dirigirle la palabra, en fin, seguro de encontrar respuesta.

Elvira, por su parte, con la perspicaz é investigadora mirada de mujer, diremos que en la Agencia de transportes y antes de la filosófica volteada del sombrero del propietario, de la apología del cabello y tez de su mamá, y los páramos que causan constipado,

etcétera; ya se había burlado del gordo y del costeño y hasta de Sarita, sin gustarle á nadie más que al elegante Ernesto.

—Mamá, le interpoló de nuevo á doña Eulalia, me asfixio de calor al verte.

—Señora, tome Ud. cerveza, apresuróse Ernesto. Mi sacrae trae compotas, refrescos y aun helados debidos á la ternura y pre visión de mi madre.

La pobre catedral que, en fuerza de su pañolón de lana y la temperatura cálida consiguiente al excesivo sol y la respiración de ocho personas se hallaba convertida en horno, bobió con avidez cuanto estuvo á mano, comió por veinticinco, frutas y conservas, y á poco cabeceaba y roncaba como un justo.

Qué sucede! Su enorme comilona, los vapores del vino, la cerveza y uno que otro licorcito pasado fácilmente entre «salud» y «gracias» uniéndose al continuo vaivén del carro, principiaron por causarle estragos espantosos. Despertó: su cara habíase teñido por instantes de un color violáceo, mientras los esfuerzos por imponer con una voz de mando á su angustiado estómago se hicieron sobrehumanos.

La charla continuaba. La viuda refirió una parte de su historia, triste á la verdad, si apenas le duró su esposo un año; Sara le había sido recomendada por un tío y de ahí que la acompañaba á Quito en donde iba á hacerse hermana de la Caridad.

Llegaba á este detalle cuando doña Eulalia con un «me muero» transformó su boca en catarata que ni la del Niágara. ¡Santo cielo la fuerza del marco! Don Peregrino Ibáñez que estaba frente á frente pudo recibir entonces un baño de impresión que ni en los balnearios de Helén ó de Tesalia, juntamente con una nuevcecita y blanca dentadura, la propia que momentos antes doña Eulalia calificó de *lucientes perlas* y la cual fué á dar de lleno en la mismísima nariz de Peregrino.

—¡Virgen del Socorro! balbuceó aterrado y con las manos extendidas como en actitud de contener un tanto la lava que á torrente íbase sobre él. De un salto se le vió ponerse en la banqueta del carruaje; una vez allí un maldito garfio adherido á las ventanas desgaró en jirones el pañuelo que ataba su sombrero y lo obligó á bajar haciéndose las cruces; á no dudarlo: el diablo viajaba de incógnito con ellos.

Mientras tanto qué angustia la de Elvira: en su confusión creía que aun las mulas habían reído á carcajadas de su madre.

El segundo y el último relevo dieron á su término sin que doña Eulalia tuviera valor ni de sonreír; estaba anonadada la infeliz señora. ¿Qué dirían de su tez tan fresca como flores bañadas por la aurora, qué de sus cabellos negros y lustrosos? ¿No elogió sus dientes como que eran su adorno más preciado?

La llegada á Latacunga deseaba con vehemencia: allí se que daría pierda lo que pierda. ¡Viaje más atroz!; pero y su hija que había conquistado el corazón de Ernesto? El caso era terrible....

Apenas detenido el ómnibus delante del hotel, cada cual buscó acomodo en los diversos cuartos y entre esa algarabía que mete e hotelero al impartir sus órdenes, y el piafar de mulas conducidas a corral, y la llegada de nuevos pasajeros, doña Eulalia era transportada por su hija y por Ernesto á una cama. El fiasco de la denta-

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

dura la puso en el estado de pedir á voces confesor y médico.
A poco los acordes del piano del hotel dejaron oírse dispersados en suavísimos compases.

Lucía de Lamormor era interpretada por la viuda con toda la pasión de una alma enamorada y triste.

¡Guardaba en su memoria tantísimos recuerdos! ¡Había sufrido tanto, huérfana desde la niñez y pobre!

La música reunió á los pasajeros, no sólo á los amigos que iban en la «Colta», sino aún más á cuatro diputados cuyo coche expreso llevábalos de vuelta á sus hogares después de las sesiones hartas de borrascas del último Congreso.

Invitáronla á cantar: cantó y en los últimos arpegios de la inmortal Lucía, su voz era un lamento de cisne moribundo, una queja vertiendo melodías empapada como su alma de dulzura y lágrimas. ¡Cuánto sabe hablar al corazón la música! ¡Cómo lo conmueve al par que lo despierta, haciéndonos mirar con esperanza y con amor al cielo!

Tengo para mí que si no hubiera un Dios, la humanidad tendería que buscarlo allí donde resuenen los cánticos del ave, dónde gima el viento, donde el trueno eleve su ronco retumbar, y exhale tristes ayes las hojas que en invierno se desprenden macilentas, secas, de los árboles; y suene un arroyuelo, y cante, en fin, con himno majestuoso, eterno, la Naturaleza entera, si Dios es armonía, es música, es belleza.

La viuda, á poco instante, lloraba como un niño. Instada á referirles el por qué se creía desgraciada: «Figuráds, dijo con despecho, que apenas me topé con los veinte años, tuve que llevar una vida de tedio y nada más; ansiaba en mis delirios hallarme un corazón del todo superior al mío, Héctor lo tenía; pero si á cada ilusión muerta, á cada desengaño ríe á carcajadas el Destino, á tiempo de encontrarlo acabo de perderlo. Me ha anochecido en la mitad del día; soy viuda ya lo veis.»

—¡Tedio á los veinte años! preguntóle con sorpresa Elvira.

—Sí, lo produjeron mi orgullo exagerado, la extraña pequeñez con que he mirado al mundo y lo miro todavía. Sacad en consecuencia mi fastidio si, no del todo fea, recibí ni más ni menos que un toque de pinceles en aquella edad; y héteme el castigo de asomarme novios que ni adornos de almanaque y recortados por igual tijera.

Nobilísimo el primero, descendiente en línea recta, curva y todas las demás que da la Geometría, de San Francisco de Borja, de Santa Catalina y del bravo Don Quijote, pues que era primo hermano de éste y exacto en la figura: enjuto, seco, medio arqueado, de pómulos salientes, con bigotes á la funerala y un habano en ristre.

Muy confiado en su nobleza y rara fermosura, no esperó ocasión ni cosa que lo valga para declararse; (aquellos hacen los cholos); así, y con la ligereza de un disparo de bala calibre ocho, se lanzó á mi casa en busca de mi mano que, según noticias, contaba cinco dedos y pensó encontrarla debajo de las mesas ó encima de las sillas, fácil de *servirse* sin que nadie, ni siquiera el brazo le chiste una palabra. Con la pingüe herencia de once suces habida en esos días del papá difunto, mi dote se elevaba al non plus ultra de

cuatro ofrecimientos, que de veras no supe á cuál quedarme: una cafetera, una manta calada, de á seis metros, llevarme á la retreta y un cajón enorme de viejos pergaminos.

¡Fatalismo el mío! Con ansias de mi parto de escupir al noble ó levantado un palo que tuviera cerca medirle las costillas, concluyó el pedido y en el rol de *mi existencia* copié la filiación... de un enemigo.

Después? ¡oh musa de la inspiración! después vino un pastoso, feo por añadidura y necio de remate, que sin más ni más templaba su laúd en honor mío por la cosa más prosaica y tonta de la vida, como por que un día fuera acometida de jaquecas y la angustia consiguiente á aquella enfermedad; otro porque un tanto descuidada en mi *toilette* y entretenida en un quehacer doméstico, me viera sin corsét y pasándome el fustán debajo de la falda, allí no sólo me mostró su habilidad escrita sino que tete á tete improvisó un soneto con título «El Fustán». En fin, odas, ditirambos, silvas, tuve por mayor, porque cerré una puerta que golpeaba el viento, porque me dolió la muñeca, y porque usaba en casabotas viejas y sin taco.

La risa aparecía en todos los semblantes.

Fracasó el poeta, continuó la viuda, y vamos al tercero. Este era un montuivo maromero, enrolado en uno de esos circos que, con nombres rimbombantes y un tren del Sha de Persia, de vez en cuando asoman, como los gitanos, y forman el encanto de las gentes del pueblo, especialmente, que creen que un jirón de cielo caído hasta la tierra los chistes del payaso y cuanto hay de grotesco y ridículo en la pantomima. Desgraciadamente cambiaba las entradas la noche que, asida de la mano de la buena señora que hacía de mi madre, penetré también debajo su carpa á ver una función.

Principió por demorar el vuelto á las monedas que le había entregado nuestro acompañante, mientras aprnderse mi cara de memoria, y á hurtadillas, eso sí, cuidando de que yo le viera, dárseles de tímido y besar los bordes de mi abrigo. Cuatro ó cinco veces y allí en la misma puerta, sacudí ese abrigo; ví tanta mentira de esos charlatancs, tanto ir y venir de hombres y mujeres en barras y trapecios que al tiempo de salir ya me había olvidado qué pasó al entrar. Sinembargo, no fué así con mi sujeto: muy por la mañana del siguiente día recibí una esquila «¡Virgen Santa! esquila de pedido, y ardor al corazón, y fuego, y sufrimientos en la que por último con su mano y un billete á palco de primera clase me ofrecía su *arma* y su *trapeiso* por alina y por trapecio, pues era montuivo y tal su ortografía.

Después de dar lectura á semejante modelo de declaratorias, me había muerto y, ¡quién dijera! resucité con otro novio en gérmen: un filósofo, todo él vinagre, hiel y mal humor, que siempre andaba solo, pensativo, con el sombrero á la corona en forma de diadema y un gran libro en el que coleccionaba autógrafos.

Se hizo presentar en casa con títulos de cónsul. Visitas y visitas, derrepente le oí amostazada y no con mucho gusto, ya que ni siquiera supe de donde era, tratarme de paisana y que, de una vez, parándose y como que iba á perorar al pueblo me dijera: «Mi paisana, lo único que anhelo es que su persona convertida en hoja de papel sea trasladada aquí; y me señalaba el libro, para

que muy luego de nombrarla mi esposa queridísima rodeándola de esclavos; encuentre yo la tumba en el océano, imitando á mi paisano Albán á bordo del «Lautaro», si grande como su alma debe abrirse la tumba de los grandes! ¿no lo piensa así?»

Nada que pensara sino en aborrecerle! buena estábamos: su hoja de papel expuesta á recibir autógrafos y todavía con la perspectiva de quedarme viuda y en poder de esclavos ya que al buen señor se le antojaba morir en el océano así de desposado. Convine á no meterme en camisa de once varas, y él cónsul no volvió.

El aire de tristeza y de despecho que envolvió á la jóven inspiraron una especie de lástima y respeto á los demás. Era inteligente y eso les bastaba.

Ernesto se atrevió á decir: señora, se acaban ya los tipos?

—No, faltame otro noble sin pies y sin cabeza y eso que era sobrino de Quevedo y ahijado de Balbuena, otro un señoría ilustrísima con cara de hambre y sed, pollo de setenta abriles, bailarín, con ojos de culebra, saturado de cosméticos y olores no sólo por de fuera sino hasta en la conciencia, y, además de la peluca y de los dientes, con quijada y con nariz postizas; un cadete con facha de payaso; un tuerto, un Pepe y un telegrafista muy simpático y muy pobre de esos medio soldados que á la voz de «alerta» implorando por que el cielo les señale patria conocida, andan y andan sin saber en dónde colgarán sus tiendas.

La viuda nuevamente principió á llorar: la suerte le había sido y le era tan adversa. Sin embargo, á ruego de sus compañeros cantó otra vez á duo con Elvira una romanza.

Luego se oyó once campanadas en el reloj del Hotel. Los lechos aguardaban de modo que después de despedirse de los diputados quizá para no verse nunca en esta vida, todos se volvieron á sus consabidos cuartos, admirando sin duda la franqueza campechana del relato.

Doña Eulalia dormía muy tranquilamente ó al menos meditaba en qué le ofrecería á San Juan Nepomuseno abogado de la «buena fama» para recobrar la suya.

La aurora, deslizándose entre encajes de gualda y de topacio, vino á despertar á nuestros viajantes al segundo día.

Volvieron á encontrarse con placer, tal como se encontrarán amigos de otros tiempos.

Los cocheros que todo lo examinan, que de soslayo y como quien no dice nada observan lo más mínimo en los pasajeros, y forman una clase digna de atención, no esperaron otra cosa que la plena salida del sol para calentar sus miembros é inmediatamente desafiarse en gritos de ¡arre Peregrino! ¡alza Doña Eulalia! ¡arriba D. Ernesto! vean á la Elvira!

Todo esto confundido entre el sonar de ruedas, y el chasquido del látigo, y los silvos y una que otra interjección non sancta al aguijar las mulas, son para voltear el cerebro más puesto en su lugar y producirle vértigos.

Hay que ser ingleses ó acopiar fosfatos, cerebrinas ú otros tantos brevajes de botica, para no ir derecho camino del Hospicio.

El almuerzo en Machachi fué cordial aunque las botellas que aguardaban sonriendo en espera de cortejo, fueron desdeñadas; ni una sola copa; ¡qué si los tiempos son tan malos!

Las protestas de amistad, y afecto, y «que me ocupe» sucediéronse sin interrupción hasta Tambillo, en donde había también otro relevo.

En este lugar algunos hombres empacaban unos fardos cuya dirección era al Milagro, según unos papeles con un nombre y engomados que se veían esparcidos en redor.

El Sr. Ibáñez creyéndose ya cerca de la capital, y en tanto que paseaban los demás, sentándose sobre uno de esos bultos se puso á desdoblar su sombrero, volviéndose el primero y silenciosamente al interior del vehículo cuando hubo terminado.

Las quiebras del terreno análogas de todo en todo al trayecto recorrido por la víspera, absolutamente en nada aminoraron los trotes de la «Colta»; por fortuna no hubo otro mareo, talvez porque San Juan Nepomuceno aceptó la oferta de ver en sus altares aumento á los exvotos con una mujercita gorda tallada en plata y llevando á cuestras todo un tocador.

Al rayar las cuatro de la tarde multitud de coches llenos de elegantes esperaban en la Arcadia, hacienda muy cercana á Quito, unos por Ernesto, otros por doña Eulalia y su hija y otros finalmente por el matrimonio joven.

Don Peregrino, Sara y la interesante viuda, fueron los únicos destinados á dar hasta la Agencia, después de un cuarto de hora. Esta rebosaba de desocupados ansiosos por mirar la vuelta de los coches y la entrada del carruaje venido desde Ambato. Dos ó tres hermanas de la Caridad debían recibir á Sara y á su compañera. Cien ojos las siguieron hasta verlas desfilar buscando el Hospital.

Esos mismos ojos volviéronse á observar á Peregrino que carriel en mano y muy erguido atravesaba por entre los curiosos ostentando en la falda del chaquet un rótulo que en gruesos caracteres decía textualmente: «Encomienda á Don José Valdez.—Milagro».

La grita levantada entonces y ante el sobrescrito del pobre comerciante no es para narrada: los granujas, esa plaga que abunda en todas partes, de pronto le redearon como enjambre brotado de la tierra y los silvos, los hurras! cundieron al momento á las voces de «¡pase la encomienda! ¡viva la encomienda! ¡arriba el vejstorio! hasta que la policía fué la única llamada á dispersarlos y quitar al viejo el papel con una dirección de fardos adherido casualmente á su persona conduciéndolo en seguida jadeante y vomitando imprecaciones á las puertas de un figón; pues que á pesar de sus diez casas y sus siete haciendas el Sr. Ibáñez era uno de tantos: rico muy rico, pero que rendía culto á esa enfermedad de la vejez: la avaricia.

MARÍA NATALIA VACA.



A Leonor Sáenz de Tejada

en su álbum

PARA «LA MUJER»

Qué bien hizo el artista que colocara
En la primera foja tu imagen pura,
Pues ¿quién mirar podría tu linda cara
Y no suspiráse, niña, con tu hermosura?

Esos ojos, son ojos americanos,
Y les dieron los soles de las Españas
Fulgores desconocidos y sobrehumanos
Que se ven tras las rizas, negras pestañas;

La boca sonriente muestra un encanto
Que para los profanos es un misterio:
No comprenden que junta, Señor, Dios Santo,
La gracia que hay en uno y otro hemisferio? . . .

Muy bien hizo el artista que colocara
En la primera foja tu imagen pura;
Pero aunque mucho admiro tu linda cara,
Sólo un borrón te dejo, por desventura.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil.—1905.



El Libro

El libro, ah!, el libro es el mejor compañero de las almas superiores, el consuelo del corazón que padece, el amigo que con su magnética influencia nos hace elevadoras las tristes y mortales horas de la vida. Desde el Catón Cristiano que en la niñez forma nuestro corazón, hasta los Cuadros de Costumbres que en la adolescencia nos deleitan é instruyen, poniendo á nuestra vista los abismos, para huir de ellos, los vicios, para de-

testarlos, las virtudes para imitarlas; desde las descripciones y cuentos que entusiasman á nuestra imaginación juvenil, hasta las severas máximas filosóficas, todos tienden á morigerar nuestras costumbres, á confortarnos en el sufrimiento y á enseñarnos la resignación y el sacrificio.

Unos como las aves, nos embelesan con sus trinos, nos seducen con sus ayes; otros, como el océano, nos sobrecogen con su majestad y tempestades; en fin, otros hay que, cual águilas gigantes nos remontan al espacio sidérico para hacernos contemplar desde allí la grandeza y sublimidad del Universo.

Comparad, sino, las horas agitadas que habéis pasado alternando en visitas y paseos, con aquellas tranquilas en que recreándoos en la lectura de un buen libro, habéis saboreado al paso que su amena conversación, las provechosas, aunque austeras lecciones de un amigo que no vende. . . .

Recapitulad vuestras impresiones y decidme con la mano puesta en vuestro corazón ¿cuáles han dejado en él mejores frutos? Los primeros en que naufragos talvez en el tempestuoso mar de las pasiones excitadas por los placeres del mundo, habéis perdido vuestro valor moral, quizás la fe y aun la felicidad de vuestro porvenir, ó aquellos deliciosos momentos, que en la soledad de vuestro aposento y en el retiro de vuestro corazón, mano á mano con un libro, vuestro amable compañero, habéis con su lectura examinado todos vuestros sentimientos, analizado vuestras afecciones, evocado vuestros más queridos recuerdos, derramado vuestras lágrimas, sin que nadie os critique al verlas rodar por esas hojas amigas, se os humille con una falsa compasión ó se os hiera con la profana interpretación de vuestras más caras impresiones.

Quizás en la lectura encontremos mayor placer que en la sociedad, los que jamás hemos conocido la felicidad, los que no hemos tenido otro consuelo ni otra ilusión que nuestros libros predilectos.

Aquellos que en el piélago insondable de un eterno dolor, apenas nos ha concedido el destino la dicha de poder comprender el fondo de alguna buena Obra que ha caído en nuestras manos, encontrando en sus renglones el alivio que nos negaran los seres más allegados y queridos, el bien que la sociedad en su egoísmo es incapaz de ofrecer al corazón atribulado.

¡Ah! Madres de familia: sea un buen libro la primera joya que presentéis á vuestros hijos; joya cuyo valor no ha menester de sacrificios, que está al alcance de todas las fortunas, y que contiene un tesoro desconocido sólo para las almas frívolas é incapaces de elevarse sobre la vil materia. Un libro, sí, un buen libro, debe ser el centinela que vele el despertar de una imaginación virgen; el atalaya listo á contrarrestar el choque de las pasiones juveniles.

Un buen libro es la balanza que equilibra nuestras afecciones, el freno suave que modifica y dirige nuestro carácter, el faro que ilumina la terrible oscuridad de nuestro camino, y el único solícito amigo de los desheredados de la suerte....

ISABEL DONOSO DE ESPINEL.



A MI NIETA PRIMOGENITA

Srta. Rosario Tamariz.

Como un rayo de sol aprisionado
En una concha nítida de espuma,
El pecho palpitándome alterado,
La ví temblar entre brocado y pluma.

Era una limpia gota de rocío
Tendida por el beso de la aurora;
Fresca como rosal que de mi río,
Por Abril, á las márgenes cullora.

Sus ojos al través de las pestañas,
Fulguraban tranquilos y hechiceros,
Cual brillan, del ramal de las montañas
Al través, en el cielo dos luceros.

Sus labios sin palabra, la sonrisa,
Abriéndoles, cruzaba juguetona,
Cual por las ondas la amorosa brisa,
Que hincha y despliega la nevada loma.

Sus carnes suaves eran frescas rosas
Que palpitaban de la luz al beso,

Y sus manos dos blancas mariposas
Que cedían el vuelo al propio peso.

Tal era ese botón en la mañana
Primera de su vida. Hora se ostenta
Hermosa como un liz esa sultana,
Cuyos ojos al sol hacen afrenta.

En su boca virgínea los aromas
Más puros duermen de las frescas flores,
Y en sus labios aprenden las palomas
Las notas con que arrullan sus amores.

De su talle gentil toman lecciones
Las mismas Gracias; de su polo de oro
Toma el sol el color de sus crespones,
Y el rocío, retrátase en su lloro.

No hay mujer que, como ella seductora,
Atraiga sobre sí toda mirada:
Es púdica y genial como la aurora
Poética y feliz como alborada.

ROSARIO CARRIÓN BURNEO.



Rita. La loca

(FANTASIA)

Todos conocían en la ciudad de Z á la pobre Rita.
¡Rita la loca!

Había nacido en los tiempos en que la conquista era un derecho de los pueblos fuertes, y en que los débiles sólo podían conservar su independenciam luchando tenaz y heroicamente.

La ciudad de Z era el centro ó capital, diremos así, de una confederación de pueblos y señoríos, y Rita el último vástago de una familia ilustre y noble, desde sus abolengos más remotos; siendo, por esta razón, querida

y respetada entre aquellas gentes sencillas y laboriosas, que conservaban sus tradiciones y costumbres primitivas, y con éllas un ardiente amor á su libertad é independencia.

De entre el fondo azulado de los valles surgía la ciudad de Z. En la naturaleza que la rodeaba formaban contraste, por una parte lo más profundo, por otra lo más elevado: golfos que ceñían sus hermosos valles y cimas de nieves perpetuas. En sus huertos descollaban alegres castaños, majestuosos nogales, naranjos cargados de azahar, hayas y freznos. En sus jardines rosas, magnolias, claveles y margaritas se disputaban en perfume, belleza y lozanía. Los habitantes vivían tranquilos en medio de las tierras que cultivaban, y todo era paz y alegría en aquellos valles tapizados de verde primavera, poblados de rebaños y caseríos en desorden.

Detrás de un bosque de manzanos y nogales, cuyas ramas se extendían hacia la orilla del río, sobre cuyo perezoso y diáfano remanso flotaban las doradas manzanas y nueces, extendíase una hermosa pradera festonada de rosas y jazmines, en cuyo centro se levantaba la casa de Rita. Distinguíase de las demás por su alto y rojo tejado, su magnífica torre y sus grandes depósitos para el trigo y heno; así como también por sus lozanas yedras, pasionarias y madre selvas, que le daban el aspecto de un tabernáculo adornado de flores.

Un día agolpábase multitud de gentes, en torno de aquella casa, con el regocijo pintado en el semblante, regocijo que se aumentaba con los hermosos sonos de una música alegre y con el repique de campanas, ¿Cuál era, pues, el motivo de aquella fiesta y común alegría? Era que se celebraban las bodas de Rita, y este era un acontecimiento sensacional en la ciudad de Z.

Rita contaba entonces diez y ocho años y era hermosa, como la estrella de los pastores. Su estatura algo más que mediana, su talle esbelto y gentil, fina, abundante y lustrosa su hermosa cabellera, frente altiva, grandes ojos negros de mirar profundo que resaltaban en su color blanco pálido; argentina su voz y dulce la sonrisa de sus labios. Pero muy superiores á su belleza eran su gran talento y gran corazón.

Jaime, el esposo de Rita, era también el mozo más apuesto y noble de aquella comarca. Nobles facciones, aire distinguido, fisonomía inteligente, grandeza en la

mirada, ingenuidad en la sonrisa, le daban ese conjunto de fuerza y suavidad, señorío y compostura que constituía la elegancia varonil.

Eran, pues, dos talentos superiores, dos grandes almas nacidas la una para la otra y, por lo mismo, grande apasionado, sublime el amor de sus corazones.

Pocos meses habían transcurrido desde la celebración de las bodas de Rita, cuando las voces de invasión y guerra cundían por todas partes. Todos se preparaban para la defensa y dejando el arado y los instrumentos de labranza tomaban las armas. Jaime debía ir á la cabeza.

El ejército invasor avanzaba fuerte y numeroso; deslumbraba el brillo de sus armas. Era, pues, necesario caer á tiempo sobre ellos y contener su ataque. Así lo comprendió Jaime y por esto haciendo los preparativos de guerra con la mayor presteza, salió al frente de sus tropas, resuelto á vencer ó morir por la defensa de la patria; ya que en guerra tan santa el triunfador que sobrevive alcanza lauros, y palmas inmarcesibles el héroe que sucumbe.

El recuerdo de su bella y amante esposa y un secreto presentimiento de no volverla á ver le torturaban el alma, pero el sentimiento del deber y la honra de su patria le hacían sobreponerse á su grande amor y, por lo mismo, á sus grandes dolores.

Se lo vió sereno impartir sus órdenes y, á favor de las sombras nocturnas, tomar posiciones estratégicas.

A la voz de ¡los enemigos! dada por las centinelas en las primeras horas de la mañana, Jaime dispuso el ataque con firmeza y acierto sorprendentes y superiores á sus cortos años.

Por primer saludo tuvieron los invasores una nutrida carga de dardos y flechas; luego se enardece el combate, unos caen y otros se adelantan á ocupar su sitio. Aquello es un cuadro dantesco: ayes, gritos, imprecaciones, rostros lívidos, polvorientos y sudorosos, miradas cargadas de odio y luego la sangre que corre en abundancia y la carne que palpita despedazada. Allí en el sitio del mayor peligro está siempre Jaime y alentado por su noble ejemplo los suyos combaten sin desmayar. Pero en lo más recio de la pelea un dardo enemigo le atraviesa el corazón, y cae el héroe: cae, pero sus últimas palabras son todavía de aliento para sus compatriotas;

quienes, profundamente contristados pero firmes, siguen combatiendo y alcanzan la victoria.

Los enemigos huyen despavoridos; sus armas no deslumbran ya, porque están cubiertas de sangre y lodo; sus banderas desgarradas, quedan abandonadas en el campo, donde reina el silencio de la muerte, interrumpido sólo por el graznar del cuervo, que tiene allí espléndido banquete.

Rita, entre tanto, pasaba los días y las noches en oración. Olvidada de sí misma sólo pensaba en su esposo ausente y en peligro y en su patria amenazada. Esperaba con febril impaciencia y los instantes pasaban lentos y pesados como siglos.

Por fin se anunció la victoria, y el regreso del ejército vencedor era esperado con patriótico entusiasmo. Rita había entretegido una hermosa corona de laurel, y pensaba colocarla ella misma sobre las sienes de Jaime. Se adelantó á su encuentro, pero al no ver su gallarda figura descollando altiva entre los demás jefes sintió que se le paralizaba el corazón y que un frío glacial invadía sus mejillas.

¡Jaime! ¡Jaime! ¿Dónde está Jaime? preguntaba delirante. Murió, Señora, le contestó el más resuelto de los jefes, con la abnegación del héroe y la firmeza del caballero!

Rita levantó al cielo los ojos sin lágrimas. Estaba blanca, como una estatua de alabastro ó como el ángel del dolor; cuando bajó los ojos sobre la corona que llevaba, no tenían ya la dulce expresión de su mirada habitual. Prorrumpió en una horrible carcajada y cayó sin sentido.....

Un año había transcurrido desde los acontecimientos que hemos narrado. Desde que el dolor agudo ocasionado por la muerte de Jaime privó á Rita de la razón, no había vuelto á hablar con persona alguna. Buscaba los sitios más apartados y silenciosos, y allí permanecía largas horas, con la barba inclinada sobre el pecho, los brazos caídos y la mirada melancólica y distraída. Sus labios se entrecabrían sólo para entonar cantares impregnados de esa profunda tristeza de una alma que ha perdido para siempre esperanzas, ilusión y dichas.

Las noches de luna ejercían en Rita un influjo especial, y, por rara casualidad, coincidió el plenilunio con

la fecha fatal de la muerte de Jaime. En aquella noche la vieron atravesar un bosque y luego ascender á la cima de una roca, á cuyo pié se extendía un hermoso y profundo lago. Allí en la cumbre vestida de blanco, y suelta la opulenta cabellera que rizaba el viento, parecía la musa de las montañas pronta á remontarse al cielo, fuente de toda inspiración.

En aquel momento la luna llegaba á su plenitud: el borde de las nubes que la rodeaban se teñía de claridad amarillenta, y levantándose de su lecho funeral lucía con toda la esplendidez de reina de la noche.

Rita se quedó extática contemplándola largo rato, y luego con voz firme, y como si hubiera recobrado la razón, exclamó: ¡Luz de los muertos, emblema de los tiempos que pasaron, astro consolador que lloras con los que lloran, yo te saludo! Después con la ansiedad febril de quien vuelve á ver un sér querido, avanzó algunos pasos con los brazos abiertos y se arrojó con ímpetu ardiente, como para estrecharlo.....

Se oyó el ruido que hace al caer un cuerpo en el agua, el lago agitó convulso su manto de espumas, y la luna iluminó, con su luz de nácar, dos rocas que antes no existían; y que, enlazándose y abrazadas, surgieron del fondo del agua, con solemne y hondo estruendo.

Después, todo volvió á quedar tranquilo y silencioso. La luna seguía su marcha majestuosa, y á sus dulces rayos las bellezas del valle iban tomando formas misteriosas; las estrellas cruzaban temblando la inmensidad del firmamento; el lago competía en claridad con la misma luna y allá á lo lejos se distinguía la casa de Rita triste y abandonada.

Desde aquel plenilunio los labriegos contenían el arado, é interrumpiendo su labor se contaban los misterios del lago, mirando á las rocas con respeto mezclado de temor; porque, decían, en las noches de luna y cuando el sueño invade el mundo, se besan allí dos muertos. ¡Dos muertos que eran amantes!.....

JOSEFINA VEINTEMILLA.



Variedades

PENSAMIENTOS Y MAXIMAS.

Es linda cosa una biblioteca, y por pequeña que sea no debe carecerse de ella. Pero esa biblioteca ha de ser algo más que un mueble: ha de ser casi un ara, la casita en que viven algunos fieles amigos. Suponed que habéis leído todos vuestros volúmenes. Tanto mejor, así conoceréis más á fondo el contenido de cada uno de ellos. Cada *tomo*, cada título os traerá á las mientes una fisonomía. Veréis á los inmortales asomados al borde de los estantes, rígidos, mudos, en traje más ó menos vistoso, en apretado haz, unos más altos, otros más gruesos, éstos más engalanados, aquéllos miserablemente cubiertos.

Pero no os dejaréis deslumbrar por las apariencias; vuestra mano sabrá encontrar el que más convenga, y él os dirá puntualmente, sin vacilaciones de ningún género, lo que es preciso que sepáis.

BARAD.

¡Oh, libros, fieles consejeros, amigos sin adulación; despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¡Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado á las cumbres más altas del mundo, y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo! ¡Oh, libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo!

ESPINEL.

Aquel que ama á un libro, jamás dejará de tener un amigo fiel, un sabio consejero, un compañero jovial, un consolador eficaz.

BARROW

El día de un sabio vale más que la vida de un necio.

PROVERBIO ÁRABE.

Tengo amigos cuya sociedad me es en extremo agradable. Son de todas las edades y de todos los países.

PETRARCA.

Toda persona tiene dos educaciones: una que recibe de otros, y otra más importante que él mismo se da.

GIBBON.

NOTAS

La Academia de Bellas Artes prepara para el Diez de Agosto próximo una Revista ilustrada con trabajos litográficos de los artistas señores Pinto, Puig, y de los más aprovechados alumnos, como son los jóvenes Segundo (Guillermo King, Juan Francisco Montalvo, N. Navarro, etc., etc. Será la primera de su clase que vea la luz pública en Quito, y por lo mismo muy entusiastas y sinceras son las felicitaciones que envía *La Mujer* al Cuerpo de profesores de ese floreciente Establecimiento.

Con motivo de los trabajos expresados en la nota anterior, y otros urgentes encomendados por el Ministro de Instrucción Pública á dicho instituto, nuestra Revista no ha podido engalanar el presente número con la artística portada de los anteriores.

A iniciativa de «Guayaquil Artístico» se prepara en la cuna de Olmedo y Llona una manifestación en honor de la insigne poetisa, señora doña Dolores Sucre, que se verificará en la fecha clásica que celebra nuestra Metrópoli Comercial. Con la solemnidad debida se le entregará una tarjeta de oro. «La Mujer» no permanecerá indiferente en ocasión, en que se trata de reconocer los altos merecimientos de tan ilustre dama, su colaboradora; y le dedicará un número de gala, el correspondiente al mes de Octubre venidero.

Nos congratulamos con la Patria por la exaltación al Arzobispado de la Iglesia ecuatoriana, del Ilmo. Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez. Ahora tiene el ejemplar sacerdote y severo historiador más vasto campo para ejercitar sus virtudes evangélicas y sociales con la sabiduría y tino con que ha desempeñado en la Diócesis de Ibarra el Ministerio episcopal, en días difíciles para la Nación.

La velada musical con que han dado término á sus tareas anuales los profesores y alumnos del Conservatorio Nacional, estuvo á la altura de su merecida fama. Todos los que tomaron parte en ella, de conformidad con el nutrido programa, obtuvieron vivos aplausos por su lucido desempeño. El Ministro de Instrucción Pública, Sr. D. Luis A. Martínez, dirigió palabras de aliento al Director, Sr. Brescia y á sus dignos colaboradores. El *foyer* del Teatro Sucre contenía á lo más selecto de la sociedad quiteña, y todos quedaron complacidos del verdadero adelantamiento que hay en el Conservatorio de Música. Las señoritas Josefina Veintemilla y Carmela Mata entusiasmaron á la concurrencia con las dulces notas de su bellísimo canto.